

LA SOMBRA COMO MUERTE: HISTORIA DE UNA FORMA DE CONTENIDO

MARÍA ÁLVAREZ
Universidad de La Laguna

La imagen de la sombra como simbolizante de 'muerte' presenta una amplia tradición en la lírica española. Se trata de un tópico, entendiendo por tal al conjunto de rasgos temáticos formalizados, que reiterados a lo largo del tiempo se han generalizado y codificado. Este conjunto de rasgos, que reaparece en obras y autores de distinta época, de diferentes tendencias, no constituye un haz cerrado. Por el contrario, las variaciones sufridas y alguna que otra transformación aseguran su existencia. Precisamente, el desarrollo de este conjunto de rasgos temáticos se fundamenta en la desaparición o innovación de alguno de estos rasgos. La imagen que compara a la muerte con una *sombra* es una conformación literaria firmemente implantada en nuestra tradición, que, en sus variaciones, descubre nuevas vías de posible crecimiento, algunas agotadas, y otras en pleno desarrollo.

Así pues, intentaremos bajo estos presupuestos abordar aquí la conformación de este tópico, la evolución experimentada en el transcurrir del tiempo, ya que se ha mantenido tanto como imagen utilizada aisladamente, como participando conjuntamente con otras, consideradas también tópicos literarios.

Debemos mencionar en este sentido que textos muy diversos, sonetos, romances, coplas, etc., procedentes de épocas y autores muy diferentes, constituyen un conjunto gracias a una misma forma de contenido, y no exclusivamente por el «tema» tratado¹.

La conformación del tópico de la *sombra* la hemos estudiado en un corpus de poemas, cuyos autores enumeramos a continuación por orden alfabético: V. Aleixandre, J. Bergamín, J. L. Borges, L. Cernuda, P. Garfias, J. A. Goytisolo, J. Guillén, J. L. Hidalgo, J. R. Jiménez, Leopoldo de Luis, A. Machado, L. Martín, Meléndez Valdés, F. Quevedo, Sánchez Robayna y M. de Unamuno.

Cabe señalar, en primer lugar, que el tópico de la «sombra» posee dos vertientes en su configuración. Por un lado, el simbolizante *sombra* alude a la

¹ La exposición del método que seguimos se encuentra en M.^a ÁNGELES ÁLVAREZ MARTÍNEZ, *Formas de contenido literarias de un tema manriqueño*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, La Laguna, 1984.

'muerte', y, por otro, remite a la vida humana. Tan opuestos significados coexisten en tres poemas, dos de Borges y uno de Bergamín. Así, Borges, por ejemplo, afirma:

«Vivo, soy una sombra que la Sombra amenaza» (v. 13).

Ambos significados están presentes desde las primeras apariciones de esta imagen. En los Salmos, encontramos ya las dos vertientes de este tópico:

«Mis días son como la *sombra* que se va. Héme secado como la hierba» (Salmo 102).

Aunque parece predominar la sombra, como imagen de la muerte, en ocasiones los poetas insisten sobre el carácter insustancial de la existencia humana, cuando la comparan con una sombra que pasa, —Machado, Meléndez Valdés, por ejemplo—. Si bien es verdad que en Machado, el término *sombra* ofrece múltiples significados además de los expuestos. Así, la tremenda soledad en que el hombre puede encontrarse, «a solas con mi sombra»².

La imagen inicial de la que parte el tópico es la que compara a la muerte con la sombra:

término simbolizante = sombra
término simbolizado = muerte

De esta forma, la muerte es considerada como oscuridad, frente a la luz que simboliza la vida. Cuando desaparece la luz y el mundo pierde su contorno, se difuminan los objetos y comienza el predominio de las tinieblas. La sombra, falta de luz, lo envuelve todo.

Así pues, la imagen en muchos de los poemas que componen la muestra, aparece como una doble imagen. Los simbolizantes, sombra y luz, remiten a muerte y vida, respectivamente.

Los rasgos temáticos que han hecho posible esta imagen, o doble imagen en su caso, son los siguientes:

— La *sombra*, como la muerte, es privación o ausencia de algo que tenía existencia, la luz o la vida.

— El término *sombra* parece referirse más bien al misterio, al carácter insondable de la muerte. El desconocimiento de lo que aguarda al hombre predomina sobre el acto mismo de morir.

— La oscuridad que produce la sombra hace referencia igualmente, al oscuro destino del hombre. Su confusión e ignorancia quedan patentes en esta privación de luz, la realidad que dominaba.

² A propósito de los significados del término *sombra* en Machado, véase RAFAEL LAPESA, *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, Ed. Gredos, Madrid, 1977, págs. 238-299.

— La sombra, y precisamente por ese no saber lo que rodea al ser humano, provoca un sentimiento de tristeza, frente a la alegría que casi siempre evoca la luz, la claridad.

Hay que destacar, por otra parte, que el simbolizante *sombra* está en estrecha relación con la *noche*, marco contextual donde tiene lugar la sombra. Y, además, en algunos poemas sustituye al término *sombra*, como veremos más adelante.

Esta doble imagen se conforma de distintos modos en el tópico de la *sombra*, siendo la metáfora la forma de presentación más habitual.

La comparación sólo aparece en un poema de Bergamín:

«como una sombra invisible» (v. 4).

La identificación por medio del verbo *ser* en el poema anterior intenta acercar la *sombra* a esa otra realidad no mencionada de la muerte.

«no es mi sombra, es otra sombra» (v. 1).

Una identificación entre ambos términos se pone de relieve mediante la aposición en el poema de Cernuda, «Soñando la muerte»:

«Por el día solitario y la noche callada
pasas tú, sombra eterna,
con un dedo en los labios» (vv. 7-9).

y más abajo repite:

«En todo pasas tú, sombra enigmática» (v. 16).

En otras ocasiones, el término *sombra* incide sobre un sustantivo o adjetivo y entonces funciona como adyacente nominal. Así lo registramos en:

- la última hora *de sombras* llena (Quevedo)
- lleno *de pura sombra* (Machado)
- la acera *de la sombra* (Guillén)
- la *sombra de la sombra* del olvido (Garfias).

En otros poemas, el adyacente incide en el núcleo verbal funcionando como complemento circunstancial:

- de la sombra* vinimos y *a la sombra* volveremos (J. R. J.)
- entras *en la otra sombra* (Borges)
- una gran sala *en sombras* (L. de Luis)

o como suplemento:

—se abrió *a la sombra* tu cuerpo (Goytisolo).

Observamos que el término simbolizante *sombra* es el más estable de los cuatro, y aparece denotado en casi todos los poemas de nuestro corpus, salvo en los de L. Martín, Bergamín y Sánchez Robayna. Por el contrario, se prescinde normalmente del simbolizado 'muerte' porque puede evocarse con suma facilidad.

No obstante, el término *sombra* presenta algunas variantes morfosintácticas. En general, se prefiere el singular al plural, en el que sólo registramos un ejemplo:

«y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombras llena...» (vv. 3-4).

Con el singular los poetas pretenden señalar la igualdad del hombre ante la muerte, un único destino, la sombra, a todos corresponde. El plural intensifica el poder de la muerte, que aterroriza al hombre. El empleo del artículo con el término simbolizante es casi semejante al de su ausencia. Al parecer, la identificación de la sombra como realidad previamente conocida, queda nivelada a los poemas en los que la sombra posee valor «designativo», sin que exista voluntad de identificarla.

En cuanto a los determinantes, pocas son las variaciones que ofrecen. No registramos ningún caso de demostrativo, ni de posesivo (esto contrasta con el empleo de posesivos mi/tu casi constante, cuando la sombra remite a 'vida'). Solamente aparece el indefinido *una*, («una sombra invisible», de Bergamín) y *otra*:

«no es mi sombra, es *otra* sombra» (v. 1)

también de Bergamín, y en el poema «A mi padre», de Borges:

entrar en *otra* sombra» (vv. 2-3).

El indefinido apunta hacia ese desconocimiento que de la sombra se tiene. A veces, variantes morfosintácticas, que comportan el mismo lexema, apoyan la configuración de la imagen: el adjetivo *sombrío* (alma *sombría*, aparece en el poema «Sombra final» de Aleixandre, y «entre los *sombríos* mirtos de tu pórtico», nos dice Cernuda) o el verbo *ensombrecer* que utiliza J. L. Hidalgo en el poema «Espera siempre»:

«La muerte espera siempre entre los años
como un árbol secreto que *ensombrece*
de pronto la blancura de un sendero
y vamos caminando y nos sorprende» (vv. 1-4).

En ambos casos las connotaciones de tristeza que provoca lo sombrío son evidentes.

Las variantes léxicas de *sombra* son poco variadas. Registramos «*penumbra* del olvido» en Guillén, y *noche*, pero, esta última es bastante frecuente en los poemas recogidos.

La variante léxica *noche* sustituye a *sombra* en algunos poemas con el significado de 'oscuridad' simplemente. De esta manera, L. Martín, poeta del XVII anterior a Góngora, utiliza en varias ocasiones *la noche de mi muerte*. El tenebroso más allá ha sido simbolizado desde antiguo por la *noche*. Este sentido está presente en el soneto xxv de Garcilaso:

«hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean» (vv. 12-14).

La privación de luz está relacionada con el sentimiento amoroso en Garcilaso. La esperanza de volver a ver a su amada atenúa el doloroso trance de la muerte.

Bergamín, por su parte, recreando esa «muerte perezosa y larga» de Lope de Vega, nos dice:

«hundiéndome en la noche tenebrosa
¡ay!, de una muerte perezosa y larga...» (vv. 7-8).

Una vez más, el rasgo temático de la oscuridad en la que el hombre se sumerge, como sin querer, predomina en la *noche*. Es el desconocimiento angustioso del hombre que se sabe conducido a lo ignoto, y esto produce miedo, inquietud ante la «noche tenebrosa».

Desde siempre el hombre sabe que ha de enfrentarse a la muerte, desde su niñez tiene fijado su destino, y esto es lo que Sánchez Robayna manifiesta en su poema titulado «Cita»:

«sopla la luna al mar plisado
antigua noche me da cita
sobre las aguas mira un niño
la noche antigua de allá arriba» (vv. 1-4).

El sentimiento de soledad, junto a la aceptación inevitable de su fin es lo que hace exclamar a Aleixandre, «oh, noche oscura, ya no espero nada». Después de la lucha («aquí mi corazón golpeó obseso») la rendición y la dejación. No es, desde luego, la noche de los místicos, símbolo de la paz interior, profunda vivencia existencial que propicia la contemplación, la búsqueda de sí mismo.

La noche, como marco físico, mencionada denotativamente, sólo aparece en el poema «Soñando la muerte», de Cernuda. La noche y el día, partes integrantes de una realidad temporal, sobre las que actúa la sombra eterna,

«por el día solitario y la noche callada
pasas tú, sombra eterna...» (vv. 7-8).

Por su parte, Unamuno utiliza el término *noche* como simbolizante de 'vida', lo que puede considerarse una transformación del tópico. Durante su vida, el hombre ha de luchar, no sosiega hasta su muerte. La paz y la lucha están en estrecha relación con la noche y la luz, que llegará después del morir:

«Dime, Señor, tu nombre pues la brega
toda esta noche de la vida dura,
y del albor la hora luego llega...» (vv. 11-12).

A la *sombra* también se alude mediante variantes metafóricas. Cabe señalar el hecho de que algunas de las que hemos registrado remiten igualmente al simbolizante *sombra*, como al simbolizado *muerte*. Esto aproxima aún más ambos términos. Entre éstas, citaremos: *día* y *hora* en el soneto de Quevedo, que apuntan hacia el significado de 'muerte' al ir acompañados de los adjetivos *postrer* y *último*. Estos adjetivos desvían el significado de 'vida' a 'muerte'. En los poemas de Cernuda y Guillén, *agua* hace referencia a 'muerte':

«En todo pasas tú, sombra enigmática,
y quedamente sueñas
tal un agua a esta fiebre de la vida» (vv. 16-18)

nos dice Cernuda, o bien Guillén en el «Sediento»:

«... Reveladora,
el agua de un éxtasis
a mi sed arroja
la eternidad» (vv. 17-20).

Esta agua difiere notablemente de la que simboliza la vida en el conocido tópico manriqueño del río, que va a dar a la mar.

El *olvido* es otra variante metafórica utilizada en los poemas de Guillén y Garfias. Así, por ejemplo, Guillén evoca el *olvido* en que queda sumido el hombre una vez que muere:

«Muriendo siguen los muertos.
Bien se esconden,
Entre la paz y el olvido...» (vv. 13-15).

Una forma de fijar en la memoria el recuerdo después de la muerte es el *mármol*:

«de qué mañana el *mármol* es la llave» (v. 14).

Otras veces, las variantes metafóricas se refieren a lugares físicos concretos, *hacia el jardín* (Guillén), *aquí* (Goytisolo), *del otro lado* (Borges). E incluso registramos alguna variante de origen mitológico, *la torpe parca* (Borges).

Las variantes fraseológicas son menos frecuentes, aunque hallamos alguna.

«Empezaste a vivir para el mármol» (v. 5)

«si los dioses no te hubieran olvidado» (v. 25)

ambas de Goytisolo, donde curiosamente se vuelve a mencionar las variantes comentadas más arriba. Además:

«cerrar prodrá mis ojos» (v. 1 de Quevedo)

«me cierre aquestos ojos» (v. 13 de Garcilaso)

variante bastante común que remite a 'muerte'.

Hemos afirmado al comienzo de esta exposición que, en ocasiones, el tópico se conforma como una doble imagen. En los poemas en que de esta manera aparece, la vida, término comparado, es simbolizado por la luz. El término 'vida' mencionado denotativamente se omite casi siempre. Sólo en el verso 14 del soneto de Quevedo («Ya formidable...») lo hemos registrado:

«mi vida acabe y mi vivir ordene».

Es más frecuente el empleo de variantes léxicas que remiten a 'vida'. En este sentido aparecen los pronombres personales *ti*, *tú*, y *nosotros*, o bien los morfemas subjetivos que hacen referencia a la 1.^a persona del singular y plural, y a la 2.^a persona del singular. Se observa un predominio del singular sobre el plural, porque el autor trata de cuestiones que le atañen directamente. Pero, la alusión más numerosa a *vida* se lleva a cabo mediante la sinécdoque. Algunas variante, «blanca *juventud*», «blanco *día*», «grises *horas*», se refieren a una etapa de la vida. Otras, a la persona humana, bien haciendo mención a aspectos físicos, *ojos*, *boca*, *corazón*, *venas*, *carne*, bien a aspectos inmateriales: *alma*, *espíritu*.

En cuanto al término simbolizante *luz*, no presenta una frecuencia muy alta, lo que nos lleva a insistir en el hecho de que no está plenamente fraguada esta imagen. Junto a la mención denotativa del mismo, aparecen las variantes léxicas:

«como una blanca *llama*» (Cernuda)
 «de cara a esta implacable *batería*» (L. de Luis)
 «súbitamente un *fuego* los conmueve» (L. de Luis)
 «y, como *luna*, entramos en la noche» (Hidalgo)
 «levantarse, como una *antorcha*» (Hidalgo).

La referencia a 'vida' por medio de variantes metafóricas no registra un número muy elevado. En general, suelen aludir a la dureza de la vida, al sufrimiento que conlleva el hecho mismo de estar vivo. Así:

«*desamparo* tórrido» (Guillén)
 «el gran *cansancio*» (Guillén)
 «nos elegiste para tu *batalla*» (Unamuno)
 «esta *fiebre* de la vida» (Cernuda)
 «*cardo* de luz que los araña» (L. de Luis).

Las variantes *esta escena* y *la función* contemplan la vida como una representación, cuyos actores son los hombres. Leopoldo de Luis es el encargado, en este caso, de explicitarlo.

Una sustancia de contenido como la *muerte* es inevitablemente objeto de reflexión para el hombre, y, en particular, para los poetas. El hombre siente que su vida transcurre casi sin darse cuenta, y que, poco a poco desaparece, mientras la *sombra* se adensa. A menudo, pues, la sombra invade el territorio de la vida imperceptiblemente. Y, el hombre se encuentra de pronto a la muerte, como si tropezara con ella. Ante esta situación irreversible, los poetas manifiestan una determinada actitud narrativa. Se puede afirmar que la mayor parte de los poemas reflejan una actitud negativa, ya que la sombra es calificada de *negra*, cuyas connotaciones de 'muerte' son obvias; de *vasta* y *eterna*, o *acorde* con el gran cansancio —nos dice Guillén, es decir, la inmensidad en el tiempo y en el espacio, lo inmensurable, provoca temor al hombre. Otros adjetivos aluden a su aspecto misterioso, de difícil comprensión para el humano entender, así, sombra *enigmática* en Cernuda, o sombra *invisible* en Bergamín.

Frente a la lucha que supone la vida, la sombra puede ser calificada de *sosegada* (Aleixandre) o traer la paz, como afirma J. Guillén:

«Muriendo siguen los muertos.
 Bien se esconden,
 entre la paz y el olvido» (vv. 13-15).

Aunque «aparentemente» la muerte parece revestirse de valores positivos, esa paz es al fin y al cabo «más terrible que la vida misma», como nos dice Unamuno.

Por otra parte, los verbos empleados apuntan al valor activo de la *sombra*. No sólo *amenza* (Borges), sino que *reina* sobre la vida, extiende su poder. Otras

veces, realiza un movimiento, *se acerca* (Quevedo), *pasa* (Cernuda), y siempre vigilante:

«la sombra que a mí me sigue» (v. 2 de Bergamín)

termina por «llevarse el blanco día», asegura Quevedo.

En general, el hombre recibe el efecto sigiloso de la muerte, que lo sorprende. Pero, en otros poemas se pone de manifiesto la aceptación de su destino, como si el hombre lo asumiera «aparentemente» tranquilo e imperturbable:

«Luego llevó, sereno,
el limpio vaso, hasta su boca fría,
de pura sombra —¡oh, pura sombra!— lleno» (vv. 78-80)

donde Machado describe la muerte de Abel Martín, cuya semejanza con la de Sócrates es evidente. La sombra ante la que se enfrenta no hace dudar su mano, pero la angustia contenida surge de pronto en esa exclamación del verso final, oh, pura sombra, de gran expresividad. El adjetivo *lleno*, núcleo del sintagma *de pura sombra*, parece cortar bruscamente el poema.

En el poema «¿Al fin, poetas?, J. R. Jiménez hace una escueta descripción de nuestra vida y su destino, en la que no aparece ninguna nota subjetiva:

«de la sombra venimos y a la sombra
volveremos, la sombra es nuestro hogar» (vv. 11-12)

donde el hombre es el que realiza la actividad, que es la vida, y la sombra tiene carácter pasivo.

Por su parte, Borges, en la elegía titulada «A mi padre», expone sin dramatismo alguno la muerte de su padre como un acto más de la vida misma. En cierto sentido se puede hablar de una superación de la muerte.

Una actitud apasionada en la que el narrador poemático se niega a aceptar la presencia de la sombra está presente en los poemas de Bergamín, L. de Luis y J. L. Hidalgo. Bergamín, a través de una interrogación retórica, formula los efectos lentos del poderoso peso de la sombra. Desde la vida, que poco a poco se difumina, siente el dolor por lo inevitable. La confusión parece reinar sobre su conocimiento:

«Qué confusión dentro de mi cabeza
pelea con fantasmas,
trastorna la ilusión de los sentidos,
equivoca mi alma?» (vv. 1-4).

L. de Luis en la «Representación», parece rebelarse contra la vida dura e implacable que el hombre soporta. Hasta tal punto que la luz daña al hombre,

lo hiere. Es como una pesadilla en la que se ve involucrado sin querer. Se pregunta por el «director» de escena terrible, pero no hay respuesta a su inquietante pregunta. Tal vez, la misma vida, «la luz que sigue alumbrando» es la que impide ver lo que el hombre tiene enfrente.

J. L. Hidalgo va más lejos en la consideración de la muerte. No sólo se refiere a la pérdida de la vida, sino que imagina la existencia futura del hombre, después de su muerte. Esta se va adueñando de nuestro ser, aunque no lo queramos. Es la sombra que el árbol de la muerte proyecta sobre el hombre:

«Yo no quiero morir como tú has muerto» (v. 17)

grita el narrador poemático, pero:

«... la muerte
va creciendo en nosotros sin remedio,
con un dulce terror de fría nieve» (vv. 10-12).

La terrible presencia de *los ojos*, que nunca mueren, y que continúan preguntando «en la noche total» produce un gran desasosiego en el autor.

Hasta aquí hemos visto cómo la imagen de la *sombra*, que remite a muerte, ha sufrido una particular configuración.

La sombra, término polisémico, que ha ido acumulando gran cantidad de matices significativos a lo largo del tiempo, delimita en esta imagen la noción de muerte. No rechaza por ello mismo, rasgos temáticos que la enriquecen. Sin embargo, sí se ha prescindido de significados que se apartan sustancialmente del tema de la muerte. Esto explica, por ejemplo, la no inclusión de poemas de Rosalía de Castro, donde aparece la *negra sombra*, «que siempre me aguarda». Y es que esta obsesiva sombra, que la acosa y la persigue, se identifica más bien con el misterio de su origen³.

En suma, el núcleo del tópico, la sombra=muerte, es lo que verdaderamente preocupa a los poetas. La segunda imagen, deriva de ésta, es menos frecuente y no se encuentra plenamente fraguada. Comprobamos asimismo que las variaciones registradas obedecen a la distinta cosmovisión que los poetas tienen de la vida-muerte, y que las transformaciones son pocas.

Así pues, aunque es evidente que las formas de contenido evolucionan con el transcurrir del tiempo, no es menos cierto que sobre esta evolución pesa la poderosa influencia de la tradición literaria, que las mantiene siempre vigentes para ser de nuevo utilizadas, y, de esta forma, perduran. Muchas gracias.

APENDICE DE TEXTOS

- ALEIXANDRE, V.: *Historia del corazón*, Espasa-Calpe, pág. 47.
BERGAMÍN, J. L.: *Apartada Orilla*, Ed. Turner, págs. 110 y 140.
BORGES, J. L.: *Obra poética 1923-1976*, Alianza Tres, págs. 480 y 490.

³ La interpretación que seguimos es la que ofrece JOSÉ LUIS VARELA en *Poesía y restauración cultural de Galicia en el siglo XIX*, Madrid, Ed. Gredos, 1958.

- CERNUDA, L.: *La realidad y el deseo 1924-1962*, pág. 143.
- GARCILASO DE LA VEGA: *Poesías*, Ed. Alhambra, pág. 186.
- GARFIAS, P.: *De soledad y otros pesares*, Ed. Helios, págs. 154 y 155.
- GOYTISOLO, J. A.: *Antología*, realizada por García Hortelano, Ed. Taurus, pág. 149.
- GUILLÉN, J.: *Cántico*, Ed. Seix Barral, págs. 75 y 66.
- HIDALGO, J. L.: *Cuatro poetas de hoy*, Ed. Taurus, págs. 23 y 24.
- JIMÉNEZ, J. R.: *Poesías últimas recogidas*, Ed. Castalia, pág. 299.
- LUIS, LEOPOLDO DE: *Entre cañones me miro*, Leopoldo de Luis: biografía y selección de C. Zardoya, Publicaciones del Ministerio de Cultura, págs. 60 y 67.
- MACHADO, A.: *Poesías Completas*, Espasa-Calpe, pág. 283.
- MARTÍN, L.: *Flores de poetas ilustres*, Biblioteca de Autores Españoles, págs. 7 y 18.
- MELÉNDEZ VALDÉS, J.: *Poesías*, Clásicos Castellanos, págs. 82 y 100.
- QUEVEDO, F.: *Poesías*, Ed. Aguilar, págs. 40 y 123.
- SÁNCHEZ ROBAYNA, A.: *La Roca*, Ed. del Mall, pág. 28.
- UNAMUNO, M.: *Poesía Completa*, Alianza Tres, págs. 315, y *Poesías*, Alianza Ed., pág. 49.